

ESTADOS  
UNIDOS



DINERO  
SIN  
TRABAJO

La idea de que cada ciudadano, por el hecho de serlo, reciba suficientes ingresos como para vivir sin necesidad de trabajar, es estimulante. El profesor Robert Theobald se la atribuye: es su proyecto del "ingreso garantizado", que podría fijarse —en Estados Unidos y en las condiciones actuales— en 1.400 dólares —anuales— por adulto y novecientos por niño. En realidad, en gran número de naciones desarrolladas hay ya embriones de "ingreso garantizado": las pensiones de vejez, las de "mujer en el hogar", las becas, las prestaciones por larga enfermedad, etcétera, van a mantener a personas que no son inmediatamente productivas. Pero que lo han sido o pueden serlo. La filosofía del economista Theobald descarta esa noción. El ingreso garantizado iría a todos, y nadie trabajaría, o apenas nadie. Trabajarían las máquinas. Hay una contradicción entre la creación continua de máquinas que descargan el trabajo del hombre y la política del pleno empleo que intenta que todo el mundo trabaje. Como también la hay en la lucha contra la pobreza y los sistemas empleados. Theobald cree que "el número de pobres desamparados aumenta inevitablemente con el número de burócratas que tratan de ayudarlos". Lo importante sería cambiar ya toda la mitología creada durante siglos y siglos, en las épocas en que era necesario todo el trabajo de todos los hombres.

Parece lógico que de todos los temas que ha examinado Robert Theobald, este del ingreso sin trabajo es el que más popular haya sido. Sin embargo, no es más que una parte, un fragmento, de su concepto general de las sociedades y del mundo, que aparece expuesto en un libro publicado ahora en España: "Alternativas para el futuro, un programa para 1980" (Kairós, Barcelona, 1972). Mil novecientos ochenta está demasiado cerca para que los programas de Theobald se realicen, como también está cerca la cita con 1984 en que debía producirse la sociedad de Orwell: estamos más cerca, fácil es reconocerlo, del mundo de Orwell que del de Theobald. El propio Theobald no lo ignora cuando nos dice que la alternativa más fácil es la del fascismo generalizado: un fascismo que se engendra a sí mismo, y no por la voluntad, buena o mala, de nadie.

Muchas ideas del psicólogo Maslow, algunas de McLuhan, forman el entramado de Theobald, que tiene personalidad propia. Es un inglés transplantado a Estados Unidos, y por lo tanto observa y corrige la sociedad por un cierto distanciamiento: con alguno más que el de los apóstoles de la contracultura. La primera lectura de Theobald nos muestra una sensatez y un "common sense" admirable: su forma de despejar los temas de toda la ganga mítica y mística, la claridad y la razón con que lo aborda en formas nuevas —la ecología, la mujer, la enseñanza...— son de una gran fuerza atractiva. Sin embargo, al cabo de un tiempo comienza uno a descubrir que hay una lucecita sobrenatural, un escondido fanatismo en los bastidores de este escenario. Parece que para ocuparse del futuro ha de ser así; incluso Herman Khan es un místico frío —helado—. E incluso que hay un amplio movimiento destinado ya a tratar de realizar las ideas de Theobald para cambiar la sociedad. ■ J. A.

# La Capilla Sixtina

## TAKING OFF

—Vete a ver la película, Sixto, y verás qué cuadro se ofrece de la juventud drogadicta.

Esto me lo dijo un amigo notario.

—Vaya a ver la película y verá cómo deja Milos Forman la patria potestad. Vamos, que después de esta película los padres se jubilan.

Esto, naturalmente, me lo dijo Encarna.

Fui a ver la película. El público salía dividido. Los maduros y viejos comentaban: «¡Cómo está el mundo!». «¡Vaya futuro!». Los jóvenes salían satisfechos, porque consideraban que Milos Forman les había ajustado las cuentas a la casta progenitora. Yo salí del cine con un estado de ánimo ambiguo. Había hecho mía la estúpida estupidez de todos los personajes y no me habría jugado diez duros ni por los jóvenes ni por los maduros. En la película había un falso compromiso del autor. Aparentemente se carga el patriarcado y la inhibida hipocresía de los adultos. Pero tampoco hay piedad en su cámara para la juventud pseudocontestataria. Esta falta de piedad culmina con la extraña lógica del boy friend de la chica que se queja de que el Estado le chupe con impuestos buena parte de los 290.000 dólares que gana al año (al cambio actual, unos trece millones de pesetas).

—Mediante los impuestos apuntalo al Estado que critico con mis canciones.

La burla de Forman culmina con esta sátira de la integración y con esa esperpéntica estampa «camp» del padre cantando «Extraño en el paraíso», locura lírica al alcance de los que fueron jóvenes en los años cuarenta o cincuenta.

Esta película pertenece a la categoría de las que no ayudan a sobrevivir. Después de este tipo de películas sólo cabe meterse en una habitación vacía, quedarse en cueros y esperar a Godot. O reírse. Reírse mucho

recordando la abundancia de «gags» de un film extraordinario, en el que las malas intenciones de Forman han ido al extremo de buscar un actor principal que parece una parodia de Jack Lemmon.

O tal vez fuera mejor solución tomar las cosas como son, bajar al piso de Encarna y proponerle jugar a las cartas, a ese extraño juego de cartas «strip-tease» que practican los dos matrimonio acuartados en la penúltima secuencia.

En cualquier caso, el film te deja incómodo, porque convierte en inservibles las máscaras y los disfraces de lo tradicional y de lo seudorenovador. Y pienso que he escogido mala noche también para ver «Taking off». Acababa de cerrar la «tele» donde había visto un importante discurso, y, la verdad sea dicha, salí de casa con la retina cansada, tan cansada como la de Diógenes, al tratar de distinguir por los rostros el quién es quién del inmovilismo o el quietismo de los que escuchaban.

Después de esta lucha visual para llegar a lo que es en lo que no es o a lo que no es en lo que es, sólo me faltaba «Taking off», que parece decirnos: Apaga y vámonos. Así se lo he dicho a Encarna.

—Pues no entiendo cómo dices tú que la película apuesta por los adolescentes y los jóvenes. A mí me ha parecido propaganda del «zoo», sin distinción de edades ni sexos.

—Usted y su maldito neutralismo, don Sixto. Usted se ha situado en la frontera, y así no hay quien pueda. Nunca será usted ni español, ni francés, ni carne, ni pescado. Vamos a ver. Sus afinidades afectivas con quién iban, ¿con los adultos? ¿Con los adolescentes?

—¿Y tú? ¿Con quién te quedas? ¿Con los quietistas, con los aperturistas?

—¿Qué tiene que ver la gimnasia con la magnesia?

—Yo ya me entiendo.

SIXTO CAMARA